JEAN- MARIE GUSTAVE LE CLÉZIO: "EXPLORADOR DE LA HUMANIDAD, DENTRO Y FUERA DE LA CIVILIZACIÓN DOMINANTE"

Nilo Espinoza Haro

De vez en cuando, el premio Nobel de literatura sorprende al poner en vidriera a un notable autor. Eso es lo que ha ocurrido este año con el novelista francés Jean-Marie Gustave Le Clézio, cuya destacada y prolífica obra —más de medio centenar de títulos— se halla fuera de toda discusión.

"Autor de nuevos rumbos, de la aventura poética y del éxtasis sensual [...] explorador de la humanidad, dentro y fuera de la civilización dominante [...] ha conseguido rescatar las palabras del estado degenerado del lenguaje cotidiano y devolverles la fuerza para invocar una realidad existencial", ha dicho de él la Academia, al anunciar su nombramiento.

Curiosamente la concesión de ese galardón a Le Clézio se produce en momentos en que algunos auguran la inminente muerte de la novela y de la gran literatura francesa, mientras que otros celebran su vigorosa renovación.

Ilustrados y comedidos observadores del itinerario de la literatura francesa, como el profesor Tzetvan Todorov en *La littérature en péril* (París, Ed. Flamarion, 2007) y el novelista y académico Dominique Fernández

en *L'Arte de raconter* (París, Ed.Graset, 2007) coinciden en afirmar en que la literatura francesa "prácticamente es un cadáver" y han culpado de esa situación a "escritores sin imaginación, a profesores dogmáticos y a editores complacientes".

Según Fernández, "la novela francesa muere por haberse olvidado de contar historias, razón de ser de este género". Por su parte, Todorov sostiene que el público francés está cada vez poco o nada interesado en la novela y en la literatura en general. "La obra literaria —ha escrito— se representa como un objeto lingüístico hermético, autosuficiente, absoluto, olvidando que las obras literarias son prolongaciones del mundo, de la belleza, la tragedia, de lo sórdido y de lo inalcanzable de la condición humana".

Para Todorov —universitario francés de origen búlgaro, divulgador de la escuela estructuralista durante los años sesenta y setenta del pasado siglo— los tres males que sufre la literatura francesa contemporánea son el "formalismo (demasiada forma), el nihilismo (demasiada sombra) y el solipsismo (demasiado yo)".

Sin embargo, otros igualmente ilustrados y comedidos observadores han mostrado su absoluta discrepancia respecto del diagnóstico de Todorov y Fernández. Por ejemplo, los miembros de la revista de literatura y filosofía *Inculte* y su director François Bégaudeu, en su ensayo colectivo *Devenir du roman*, luego de analizar los desafíos de la novela contemporánea, sostienen que no está muerta y que la idea del fin pertenece a "los nostálgicos de la Historia". "Nos sentimos —recalcan— más bien geógrafos. Recorremos su terreno sabiendo que es muy amplio y vivo". Al mismo tiempo, reconocen "en la novela y en la literatura francesa de estos primeros lustros del siglo XXI una sorprendente diversidad de formas y su prometedora abundancia".

Ahora bien, para los miembros de la revista *Inculte* y seguramente para muchos otros más, el ahora Nobel Le Clézio tal vez resulte el autor casi perfecto con el que se demostraría la buena salud de la novela y de la literatura francesas y que los únicos cadáveres serían el noveau roman y el estructuralismo.

No obstante, no hay que olvidar que el ingreso de Le Clézio a la literatura francesa —con la novela *El interrogatorio* (*Le procés verbal*) en 1963—se produjo por la puerta del noveau roman en 1963, cuando aún tenía veintitrés años. Una entrada, además, celebrada espléndidamente con el importante premio Renaudot. En 1965 publica su segundo texto, el libro de relatos *La fiebre* (*La fiévre*, 1965). En ambas narraciones, pese a estar pobladas por tics del noveau roman, adopta un revelador camino: el eclecticismo. Mediante esa vía, con pulida prosa cuenta historias en las que refleja su interés por explicarse el miedo y los conflictos de su mundo, el mundo occidental.

Posteriormente, alejado del textualismo militante, del experimentalismo desconstructor, del solipsismo de la obra observada por sí misma, las novelas de Le Clézio parten de su propia vida, de la autoficción: neologismo acuñado y explicado por el profesor y escritor francés Serge Doubrovsky en 1977, nada menos que en la contratapa de su novela *Fils*, de la siguiente manera: "Al despertar, la memoria del narrador, que rápidamente toma el nombre del autor, cuenta una historia en la que aparecen y se entremezclan recuerdos recientes (nostalgia de un amor loco), lejanos (su infancia, antes de la guerra y durante la guerra), y también problemas cotidianos, avatares de la profesión [...] ¿Autobiografía? No. Es un privilegio reservado a las personas importantes de este mundo, en el ocaso de su vida, y con un estilo grandilocuente. Ficción, de acontecimientos y de hechos estrictamente reales; si se quiere, auto-ficción".

Al respecto, Marcos Giral Torrente, afirma: "La literatura de cada época refleja siempre la sociedad en la que nace: ahí reside su única autenticidad, su única posibilidad de cambio, pues los temas de los que ésta se ocupa han sido siempre los mismos. Es normal, por eso, que las luchas que la sociedad contemporánea nos reserva casi en exclusiva son individuales, la novela de hoy se centra en el individuo. Vivimos en una sociedad individualista y los conflictos, las contradicciones y fricciones de los que la novela de hoy da cuenta, aunque sintomáticos de la sociedad, tienden a ser ejemplificados y visualizados en los efectos que tienen sobre el individuo a través de la exploración de la subjetividad. Involucrar al individuo escritor, con todos sus espejos, es en lo que consiste la autoficción".

Le Clézio estudió literatura en Bristol y Niza. Tras culminar su formación académica ejerció como docente en Londres, Aix en Provence y en otras universidades europeas. Hizo su servicio militar en Tailandia, país del que fue expulsado por protestar contra la prostitución infantil que ahí se consentía. Esa expulsión fue la que lo trajo a Hispanoamérica, más precisamente a México, en donde a la vez de concluir su servicio militar afianzó sus inclinaciones de viajero y de escritor, que las inició a los siete años de edad, cuando compuso sus primeros escritos: *Un largo viaje* y *Oradi noir* mientras viajaba de la isla Mauricio a Nigeria para encontrarse con su padre.

De 1970 a 1974, convivió con los indios embera en Panamá y, según ha mencionado, luego de esa experiencia cambió drásticamente su modo de ver el mundo. En adelante, la temática de su trabajo literario se centró en la aventura de explorar el espíritu de los habitantes de territorios alejados de los centros del poder, apartándose de esa óptica perdonavidas, nostálgica y llena de los tópicos enunciados por el tutor de Cándido, el doctor Pangloss, con la que muchos autores europeos se han acercado y se acercan a la periferia de su mundo.

Cada viaje que ha hecho lo ha convertido en un libro. Por eso, la mayor parte de sus textos se desarrollan fuera de Francia, país en el que se considera un extranjero, pero no solo ahí. También siente que es un extranjero en la periferia de los centros del poder mundial a la que continuamente va: Nigeria, México, Tailandia, el Sahara, Panamá. "Un extranjero —ha explicado— es alguien que puede imaginar los otros mundos y puede trasladarse a otras civilizaciones". "Mi única patria —ha declarado con énfasis— es el lenguaje". Al decir de Hervé Pierre Lambert, eso significa que "se define así mismo como un escritor en idioma francés y no como un escritor francés".

En suma, el hilo con el que Le Clézio teje su tela —no hay que olvidar que textil y texto tienen la misma ascendencia— es el trato directo con los habitantes de los países donde ha residido. Hilo que no solo ha marcado su pluma, sino su vida. Ello se puede comprobar, por ejemplo, en lo que escribió respecto a México: *Relación de Michoacán*, *Las profecías de Chilám Balam*, *Diego y Frida*; y más ostensiblemente en *El sueño mexicano*

o el pensamiento interrumpido. Ahí, frente a la enajenación provocadora del mundo occidental, sus personajes instigados por la obsesión de la muerte, se aferran a su propia autenticidad. Un ideal que los indígenas mexicanos hacen realidad mediante un modo de vida reducido a lo elemental, pero en armonía con el orden del universo.

La tela lecleziana por supuesto que no abarca exclusivamente Hispanoamérica. En 1980, publicó *Desierto*, novela con la que obtuvo el premio Paul Morand. En relación a ese libro, por lo apropiadas, es preciso citar las palabras con las que la Academia sueca se refirió a él: "[...] contiene imágenes de una cultura perdida en el desierto del norte de África, contrastadas con un retrato de Europa visto con los ojos de inmigrantes no deseados". Es una narración de largo aliento construida con imágenes descarnadas en la que el autor —al mismo tiempo de dibujar a una criatura inolvidable: la joven marroquí Lalla y mostrar la belleza del paisaje físico junto con el brillo de una cultura milenaria— denuncia la falta de equidad en las relaciones humanas y económicas de los grandes países industrializados del mundo con los países empobrecidos. Es decir, como ha expresado, para él "no existe choque de culturas en el mundo actual, sino un poder central industrial y tecnológico al que se resisten las diversas culturas: ese enfrentamiento responde al esfuerzo por sobrevivir".

Esa especial textura es la cualidad que define la extensa tela lecleziana. Ello se comprueba cuando se lee cualquiera de sus libros; en los ya mencionados, y por ejemplo en su novela *Tierra amada*, donde la agitación del mundo se alza sobre lo terriblemente gris de la cotidianidad repercutiendo —cual piedra que se lanza a un estanque— sobre todos los seres. Es un texto construido con prosa brillante, con descripciones precisas y plenas de fascinantes metáforas, en función de una evocación a partir de un trozo de la vida del autor, mejor dicho de su autoficción, complementado o subrayado con collages de recortes de periódicos, fragmentos de anuncios publicitarios, listines, otros textos y objetos de desecho a los que les devuelve su valor original.

O en su novela *El Africano*, cuya versión en español presentó el 24 de junio de 2007 en Buenos Aires. En ella parte de un recuerdo de su

niñez, de su encuentro con su padre —que había vivido varios años alejado de su familia ejerciendo como médico militar al servicio del Imperio británico— en Ogoja (Nigeria), "donde el cuerpo de los seres humanos es más que la cara" y en el que "[...] el tiempo de la infancia terminaba casi sin transición, donde los chicos trabajaban con sus padres y las chicas se casaban y tenían hijos a los trece años", "[...] precocidad que va de la mano con la preferencia africana por identificar al nacimiento no con el día del parto sino con el de la concepción", lugar de exuberante vegetación cuyos dueños verdaderos eran y siguen siendo los insectos y en el que su padre, identificado totalmente con sus pacientes "hacía todo, desde el parto hasta la autopsia. Tenía que ser ambidiestro, ser capaz de operarse a sí mismo utilizando un espejo".

Sin embargo, ese recuerdo para él: "No es una memoria difusa, ideal: la imagen de las altas mesetas, de los pueblos, las caras de los viejos, los ojos agrandados de los chicos roídos por la disentería, el contacto con todos esos cuerpos, el olor de la piel humana y el murmullo de las plantas. A pesar de todo eso, a causa de todo eso, esas imágenes son las de la felicidad, de la plenitud que me hizo nacer".

Le Clézio, en esa novela —utilizando fotografías personales tomadas por su padre en África y también collages de recortes periodísticos y publicitarios de la segunda mitad de la década de los 40 del siglo pasado—consigue desarrollar su siempre buscada síntesis entre lo individual y lo colectivo; al mismo tiempo presenta una sensible indagación humanista. No es por lo tanto gratuito, que haya dicho: "El novelista no es un filósofo ni un técnico del lenguaje sino alguien que cuestiona el mundo con sus ficciones, alguien que plantea interrogantes. Escribir no es solo estar sentado en tu mesa contigo mismo, es escuchar el ruido del mundo. Cuando estás en la posición del escritor se percibe mejor el ruido del mundo, vas al encuentro del mundo".

Le Clézio no quiere dejar de escribir. "Tengo la superstición de que mientras tienes un manuscrito entre manos te mantiene con vida, al menos, hasta que lo terminas", ha sostenido. De paso, esa afirmación recuerda —y, como no, permite un homenaje— a un gran maestro de la literatura

Hispanoamericana, al argentino Macedonio Fernández quien, pese a que pocos libros suyos pasaron por las imprentas, durante su existencia, en todos los lugares en los que estuvo —cafés, cuartos de hoteles, cuartos de pensión y muchos otros más, algunos insólitos— escribió millones de páginas. Nunca dejó de escribir. Decía: "La escritura me mantiene con vida".

Jean-Marie Gustave Le Clézio es el décimo cuarto escritor francés premiado con el Nobel de Literatura. ¿Quién se acuerda del primero de la lista, Sully Proudhomme? ¿O de Frederic Mistral? ¿O de Roger Mantin Du Gard? ¿Le Clézio alcanzará la trascendencia de los escritores franceses Romain Rolland, Albert Camus y Saint John Perse, galardonados con ese premio? No hay duda que la calidad de su abundante obra está en esa dirección, sin embargo, solo el tiempo dará respuesta a esa pregunta.

BIBLIOGRAFÍA

DOBROVSKY, Serge. Fils. París, 1977.

FERNÁNDEZ, Dominique. L'arte de raconter. París, editorial Graset, 2007.

INCULTE, revista dirigida por BÉGAUDE, François. París, 2007.

LE CLEZIO, Jea	n-Marie Gustave. Le procès - verbal (El interrogatorio). París,
1	1963.
	La fiévre (La fiebre). París, 1965.
	Terra amata. París, 1967.
	Le prophéties du Chilam Balam (Las profecías de Chilam
1	Balam). París, 1976.
	Désert (Desierto). París, 1980.
	Relation de Michoacán. (La conquista divina de Michoacán).
I	París, 1984.

Nilo Espinoza Haro

. Le Rêve mexicain ou la pensée interrompue (El sueño mexicano
o el pensamiento interrumpido). París, 1988.
Diego et Frida (Diego y Frida). París, 1994.
L'Africain (El africano). París, 2004.
LE MAGAZINE LITTÉRAIRE. WOUTS, Bernard, director general. París, 4º trim., 2006.

TODOROV, Tzetvan. La littérature en péril. Paris, editorial Flamarion, 2007.